



ESTRENANDO MUNDO

Alicia Cebollada

"apresúrate

ahora

pues a la vida

le gusta irse"

Maria Auxiliadora Alvarez

Buscando nuestro destino

La estrecha y sinuosa carretera lucía como una cinta plateada al recibir los fulminantes rayos de sol. A bordo de una camioneta todo terreno, lista para trabajo de campo, nos trasladábamos toda la familia en ese primer viaje. En enero del año 1966 íbamos a comenzar la nueva aventura en el Estado Anzoátegui, Venezuela. Viviríamos en Puerto La Cruz, ciudad de mar con cálidas y hermosas playas, unida a Barcelona, que es provincia del Estado, por una corta autopista.

Veníamos de pasar dos meses en Caracas, después de terminar José Antonio los estudios de Ingeniero Agrónomo. Había aceptado un cargo en el Ministerio de Obras Públicas, luego de algunos viajes de tanteo buscando un lugar donde vivir, con todo listo para el recibimiento, íbamos a instalarnos en la pequeña propiedad de un compañero de estudios que se estaba yendo de la zona.

Era un viaje alegre, José Antonio y yo conversábamos animados, haciendo planes, prometiéndonos disfrutar de las riquezas del lugar, sin expectativas de cuanto tiempo, sin proyectos, más allá de comenzar una experiencia y disfrutarla lo más posible, animados ante lo desconocido, tranquilos con la idea de que iba a resultar bien y además divertido. Éramos jóvenes estrenando mundo. En los asientos traseros de la camioneta viajaban dormidas Aliana y Sonia Cristina, abandonadas con plácida inocencia a todas nuestras ocurrentes y futuras decisiones.

Con calor a la hora del mediodía nos estábamos acercando a Barcelona, la primera de las dos ciudades. Llegamos directo al lugar donde íbamos a vivir en la zona de Pozuelos, La Fundación, a la entrada de Puerto La Cruz, una sencilla y nueva urbanización formada por un grupo de pequeñas casas todas iguales, que sin hacer uso de una imaginación excepcional anunciaba que íbamos a disfrutar de un hogar cálido, demasiado quizás. Descargamos los bolsos de viaje, fuimos a buscar un lugar donde comer y nos devolvimos a esperar la mudanza que prometía llegar en la tarde.

*"Que sea hermosa
la estancia
(no en su materia
sino en su espíritu)"
Maria Auxiliadora Alvarez*

Pozuelos

Pasamos unos días dedicados a dejar nuestra morada agradable, compramos dos excelentes ventiladores, también una útil y bonita mesa redonda, de fórmica blanca , con cuatro sillas, pues tuvimos que abandonar la danesa de madera veteada de nuestro ajuar, debido a lo estrecho del espacio. Las niñas hicieron posesión para sus juegos del pequeño patio que la casa tenía en la parte trasera. Yo me emocioné con dos matas de rosa que siempre estaban floreadas y aunque no había árboles, sí tenía un techo que le daba frescura. Allí se disfrutaban placenteros momentos de descanso.

José Antonio comenzó su nuevo trabajo. La oficina estaba en la Urbanización Las Garzas, frente a la entrada de Lecherías. Aunque quizás era más el tiempo que pasaba viajando a Cariaco, lugar donde se materializaban los proyectos agrícolas, allí dedicó sus primeros años profesionales.

Fuimos conociendo las dos ciudades cercanas buscando su belleza, sus lugares de recreo. Yo tuve que refrescar mis clases de manejo, aun con el miedo que le tenía, tomar valor, salir a la calle con nuestro pequeño volkswagen, debido a que José Antonio se iba temprano y a veces no llegaba a almorzar. Nosotras, que aún no habíamos hecho nuevas amistades, en la pequeña vivienda un tanto calurosa, necesitábamos salir, además sabíamos que el mar estaba a un cuarto de hora y era algo de lo que debíamos de disfrutar. Con regularidad a las niñas les ponía la ropa apropiada e íbamos a la playa de Lecherías. Aliana y Sonia lo pasaban en grande dándose baños disfrutando en esas cálidas aguas, aun cuando no tuvieran nuevos amigos.

Yo sabía, aceptaba, que me tocaban tiempos de vida familiar, todos mis anhelos debían de estar dentro de esa perspectiva.

El céntrico Paseo Colón, maravilloso, atrayente y misterioso en las noches, era una playa natural dentro de la ciudad, que nosotros pronto lo vimos como un valor. Al atardecer, hacía unos sandwiches, tomaba unos jugos e improvisábamos una cena cualquier día de la semana entre la luz tenue de la ciudad y el techo estrellado. Sentados en la arena veíamos corretear a nuestras pequeñas, pensábamos que esa felicidad era suficiente. Así de novedoso nos parecía todo.

*"Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero
para el amigo sincero
que me da su mano franca"
José Martí*

Primeros amigos

Un día llegó José Antonio muy contento, había encontrado a un amigo nacido en Las Islas Canarias, concretamente de Tzacorte, lugar de donde era su papá y él pasaba vacaciones desde niño.

Este amigo, de nombre Juan Gomez lo invitó a ir con él a hacer pesca submarina. También a visitarlo en su casa, querían que yo los conociera. Su esposa era una muchacha también canaria. Tenía dos niños con edades contemporáneas a Aliana y Sonia.

La primera amiga que tuve en esa ciudad fue Blanca Rosa, ese era su nombre. Fueron nuestros amigos fraternales por años. Los niños disfrutaban mucho cuando nos visitábamos, yo hice una amistad de gran camaradería con Blanca que además de simpática era muy solidaria ante mis necesidades en un lugar que desconocía bastante.

José Antonio se aficionó de tal manera a la pesca submarina que después de esa primera invitación, se compró todo el equipo necesario, tampoco faltó a una sola cita todos los sábados en la madrugada antes de amanecer. Iban a una playa cercana en Lecherías, con el acompañamiento de un pescador en su pequeña barca a motor, recorrían todas las zonas marinas aledañas, especialmente una isla preciosa llamada La Borracha que está frente a la ciudad, que no solo posee una gran belleza sino que estaba, en aquellos tiempos, llena de pescados y cardúmenes de sardinas.

Al poco tiempo llegó muy animado, contándome que había hecho una investigación para ver qué se podía encontrar, para que mi vida fuera un poco más entretenida y que yo tuviera también una actividad fuera del hogar. A mi me pareció bastante difícil pues vivía día y noche entregada a mis dos criaturas, que si bien ya caminaban y se entretenían solas, no teníamos a nadie para que las cuidara. Al día siguiente, diligente como ha sido para todo lo que comienza, ya me traía la noticia de que en Barcelona, había escuela de música, de teatro y de arte. Las tres tenían un horario nocturno para las personas que trabajaban. Yo enseguida pensé en las clases de arte. Aunque el teatro también siempre me había llamado la atención, supuse que para una mujer casada y con hijos, la pintura, era más acorde, además eso era lo que siempre me hubiera gustado poder estudiar. Cuando le pregunté cómo solucionarlo, José Antonio me dijo que ya lo tenía pensado. Él junto con las niñas me llevaría a la escuela, regresaría a casa y les daría cena. A la hora

de salida, vestidas para dormir, me irían a buscar. Mi clase terminaba a las nueve de la noche

Así fue, así lo recibí con mucho agradecimiento, pues la pintura en esa escuela de arte fue algo muy importante para mí, no sólo durante el tiempo que vivimos en Oriente, sino para toda mi vida. Nunca dejé de darle las gracias, él lo buscó y lo resolvió para que pudiera tener unas horas de esparcimiento que también me dieran algo de preparación. Él no faltaba a la cita aun cuando viajara en el día, a la hora exacta me estaba llevando a mi clase y buscándome a la salida con las dos niñas dormidas en el carro.

*"Fue un accidente; se quedó sin aire
y, como un corazón, cayó en el río"*

Margaret Atwood

Blanca Rosa

Después de pasar unos cuantos meses en la casita de Pozuelos, Juan vino un día a decirnos que sus vecinos se iban. Ellos residían en una quinta grande dividida en dos viviendas, nos venía a proponer que nos mudáramos ante la mejoría evidente. La casa era sensiblemente más espaciosa, altos techos que la hacían mucho más fresca, un gran patio con dos árboles y un agradable porche en la entrada. El costo era más o menos el mismo, con el placer de estar cerca de ellos, también de la Escuela de arte donde ya disfrutaba de sus beneficios. No lo dudamos, Juan hizo las gestiones y violentamente hicimos cambio de vivienda de lo cual nunca nos arrepentimos.

Estaba situada en la calle Ricaurte en Barcelona, cerca del Paseo Neverí, lleno de árboles con follaje bordeando el río del mismo nombre, que corría a la entrada de la ciudad. Hermoso y envidiable recibimiento nos hacía la corriente de agua .

Este cambio me facilitó la vida. En la escuela había talleres de creatividad infantil, pronto llevé a las niñas. Mientras ellas pintaban, yo me beneficiaba de otras actividades como cerámica o grabado. Este taller estaba en manos de Régulo, excelente artista de la zona, y de la mano de él, Sonia creó su primer títere, nunca imaginé que sería su pasión para siempre.

A partir de esa mudanza, con la escuela de arte tan cerca, yo me movía con facilidad en mi pequeño volkswagen, iba y venía sin que José Antonio tuviera que llevarme.

Blanca Rosa era una bonita mujer de veintinueve años, blanca de tez, cabello absolutamente negro igual que sus inmensos ojos, y una boca fresca, expresiva, no demasiado alta, con una contextura agradable. Cuando se maquillaba y vestía de fiesta

parecía una princesa, pero lo más interesante de ella era su simpatía y esa capacidad de hacerte sentir que el tiempo que te dedicaba era exactamente para tí.

Al llegar a casa, Blanca escuchaba la llegada de mi carrito y me invitaba a tomar un café antes de entrar. Yo estacionaba, si iba con las niñas se alegraban de encontrar a sus dos nuevos amigos para jugar con desesperación aunque solo fuera un rato.

A mi nunca me había gustado el café, pero ella con su cariño, haciéndolo clarito para mi introducción, lograba mi deseo de acompañarla y conversar. De esa manera me transformó en una casi adicta de este precioso líquido. Siempre lo relaciono con compañía, así fue como ella me enseñó, conversando de manera fácil, contándose la vida, haciendo una amistad que fue duradera.

Durante ese tiempo me enteré de que tenía dos hermanas más pequeñas que ella, se llevaban un año, eran amigas, compañeras de juegos, inseparables, siempre juntas. Cuando eran adolescentes fueron en familia a un viaje por Venezuela y llegando acalorados a un gran embalse, donde era costumbre darse baños, se lanzaron al agua de manera festiva, haciendo juegos. Al poco de entrar ya en aguas profundas pues eran todos buenos nadadores, una de las dos hermanas dijo de repente sentirse muy cansada y desapareció delante de la vista de todos sin volver a verla más. Fue buscada inmediatamente por Juan Gomez, ya que cuando habló la tenía cerca, por el padre de la niña y por cuerpos de rescate que solicitaron a las autoridades. La consiguieron bastante horas más tarde cuando ya no había nada que hacer, solo llorar por su deceso.

Esa familia estaba marcada por esa ausencia. Un día después de algunos años, el papá de Blanca estaba pasando un fin de semana allí en Barcelona. Se quedó dormido en la sala, la lavadora se estaba llenando, por un descuido se rebosó, comenzó a salir, corriendo por la casa e inundándola. El papá en sueños debió de escuchar o presentir el sonido, se despertó angustiado diciendo "agua, agua" pues sentía como si le faltara el aire nombrando a su pequeña hija ahogada. Me contaba Blanca que la cara de espanto y de dolor de su padre, le produjo una congoja, una impotencia de ver cómo el destino cruel se había llevado a su hermana y el pilar de esa familia estaba derrumbado.

Yo tan impresionable y con dos niñas a las que les fascinaba bañarse en el mar, me asustaba mucho cuando íbamos a lugares de agua, estaba muy pendiente, atemorizaba a José Antonio para que no las perdiéramos de vista. Siempre he sido temerosa de estos accidentes, quizás porque nunca he sido buena nadadora. Pero en esos años de niños pequeños vivía muy lúcido el posible peligro.

Cuando yo me comencé a enfadar porque los sábados estaban ya perdidos como encuentro familiar, debido a que la pesca submarina se llevaba todo el día de José Antonio, y el resto de la familia nos quedábamos en la casa solo a la espera de su llegada, fue Blanca la que me aconsejó, "Alicia no te molestes por eso, no vas a conseguir sino

ponerte de mal humor, sufrir, después pasar el domingo reclamando. Es mejor que lo aceptes, te lo digo por experiencia" Y me ofreció: "si ellos se van a la pesca, tu y yo nos iremos a la playa con los los niños, pasaremos la mañana divertidas". Así fue, luego regresábamos a casa a almorzar, los niños a dormir siesta y nosotras serenas también. Cuando regresaban, estábamos de buen humor para escuchar los cuentos de la epopeya pesquera.

*"Corre que te pillo
corre que te agarro
mira que te lleno
la cara de barro".
García Lorca*

Aliana va al colegio

Por aquél tiempo comenzó Aliana a ir a su kinder. Era un colegio de monjas muy agradable, con un personal encantador. Comencé yo también mi primera experiencia de "niños en la escuela" preparando ropa, materiales, inscripciones. Con la expectativa por la novedad estaba totalmente emocionada, abstraída en ello. El día que comenzaron las clases fuimos a acompañarla toda la familia, sabía de niñas que lloraban asustadas, otras que se negaban a ir, pero con Aliana todo era completamente distinto, estaba nerviosa y alegre. Solo deseaba salir de casa desde que amaneció ese día. Cuando llegamos a la entrada, las monjitas las esperaban en las puertas de unos salones, ella salió disparada, corriendo, sin decirnos adiós ni voltearse siquiera a mirarnos, por lo tanto no nos dio un beso, no se despidió ni nada por el estilo. Yo me impresioné por su despegue tan fácil y fluido. Otras niñas abrazaban a su mamás a manera de despedida, algunas con lágrimas porque no querían entrar. Ella estaba feliz porque salía de la casa, de todos nosotros. Así siguió toda la vida, siempre contenta y dichosa a donde quiera que iba por su cuenta, sin voltear a mirarnos, igual que en su primer día clase.

"No te rindas que la vida es eso,
continuar el viaje,
perseguir tus sueños",
Mario Benedetti

Bienvenidos mis padres

Las visitas de mis padres se hicieron frecuentes, en cualquier fin de semana José Antonio los iba a buscar, o aprovechaba algún viaje de trabajo para traerlos, para disfrutar de unos días con ellos. En una oportunidad sirviendonos de una salida que José Antonio hacia a la isla de Margarita por trabajo, nos fuimos con él. Así que conocimos la isla, ellos tampoco habían ido. Fuimos en ferry, llevamos nuestro vehículo, alquilamos una casita en Juan Griego, mientras él trabajaba nosotros estábamos en la playa, en la tarde noche recorríamos los diferentes lugares cercanos a la zona. Un sábado estuvimos en La Restinga, recorrimos juntos los hermosos manglares, pasamos el día en la espectacular playa, me hizo muy feliz poder darles esta pequeña alegría.

En otra ocasión mi papá se fue a pescar con José Antonio y Juan. Regresó fascinado, por todo lo que habían rodado por el mar, por tantos hermosos, exóticos lugares, había visto la belleza del colorido de las algas, corales y anémonas, había pescado a la manera de troleo y como cosa muy extraordinaria, había sacado un pescado tan grande que sujetando el nylon le había quemado las manos por la fuerza del animal. Por tiempo mi papá, que era poco aventurero, contaba esto con un entusiasmo tan extraordinario que era más de todo lo que en realidad había vivido.

Mi mamá lo disfrutaba, ella poco salía de Caracas. José Antonio, era pródigo de llevarlos a todos los lugares posibles, le gustaba darles esta alegría. Ella cocinaba y comía el fresco pescado con entusiasmo, buscaba en su memoria recetas para deleitar a los hijos. Cuando se fue nos dejó preparadas cabañas en escabeche que quedaron deliciosas, no solo las comimos bastantes días como aperitivo y merienda, sino que la receta me quedó a mí de por vida, considerando que yo era primeriza en la cocina, que cuando me casé no sabía hacer nada ni me entusiasmaba demasiado la idea, pero como Dios manda aprendí y llegué a hacerlo bien. Esa preparación ha sido una fija en el transcurso de mi existencia culinaria.

*"Existo como soy, eso es suficiente.
Si nadie lo reconoce, estoy contento
y si todos lo reconocen estoy contento".
Walt Whitman*

Buscando amigos

Con José Antonio trabajaba un ingeniero, recién graduado, igual que nosotros, Este muchacho llamado José Luis venía de otra universidad, con poco tiempo de casados y estrenándose también en esta ciudad, su esposa Any, estaba igual que yo con pocas amistades, algo sola, esto fue los primeros meses, cuando aún vivíamos en La Fundación en Puerto La Cruz. Nos presentaron e intentamos hacer una relación como nos correspondía por las circunstancias de soledad que teníamos cada una. Salimos unas tardes a pasear, empezamos a contarnos la vida, estábamos contentas las dos pues se dió un feeling natural, teníamos la promesa de ya no sentirnos tan huérfanas de amigas. Pero apenas comenzamos, nos llamó un día con urgencia José Luis que Any había tenido un accidente, estaba hospitalizada. Le habían chocado con bastante fuerza, cuando ella manejaba un jeep. Cuando llegué, salía de la sala de operaciones con fracturas en una pierna ya escayolada, unas costillas rotas, toda desfigurada por las magulladuras. Se despertó asustada, llorando pues me decía que el choque se repetía continuamente al dormirse con mucho dolor, yo la abrazaba, le daba consuelo, ella solo lloraba y llamaba a su mamá, intenté darle cariño como no lo había hecho los días anteriores con nuestro encuentro, es impresionante cómo el dolor crea acercamientos especiales, fueron dos días con sus noches dándole consuelo e intentando ser un soporte ante su sufrimiento y su tristeza. Era una mala jornada para ella, la primera vez que se separaba de su familia, por lo tanto ante un acontecimiento de esa categoría, lloraba como una niña desconsolada. Así seguimos hasta el día siguiente, José Antonio se ocupó de Aliana y Sonia, el esposo llamaba a su familia, que vivía en otra parte del interior y no los conseguía, hablaba con los médicos e intentaba organizar los trámites del seguro y poner orden en su plan de trabajo. Sabía que yo me estaba ocupando de su esposa. Me entregué a lo que me necesitaran. El segundo día en la noche llegó su madre, Any llorando la abrazaba, le decía, "ella ha sido mi mamá estos dos días" señalándome "mírala, me ha cuidado como tu", estaba tan emocionada de ver a su madre que hablaba de manera como alocada, pero la entendí perfectamente, no me imaginaba si me hubiera pasado a mi, sólo hubiera pensado en la mía, aunque yo llevaba tres años de casada, pero ella lo había hecho ese mismo año. Ya entregándola en los brazos de su mamá, me fui de nuevo a casa al cuidado de los míos. Cuando le dieron de alta se la llevaron, luego de su larga recuperación ya no volvió a Barcelona, pues él pidió traslado en el ministerio y se lo concedieron. Esa fue mi primera amiga, aun no había conocido a Blanca y me quedé triste, pues se frustró. Además la estaba conquistando para que viniera a las clases nocturnas de dibujo... de un día para otro me quedé sin ella.

Carlos y Felicia eran dos abogados procedentes de Maracaibo de padres españoles, él trabajaba en el Ministerio, ante la simpatía de Carlos y la facilidad que José Antonio tenía para hacer nuevas amistades enseguida estuvieron en casa visitándonos, haciendo relaciones con mucha facilidad pues había suficientes temas en nuestra conversación que nos unían, nos entendimos bien. Pronto comenzamos una franca amistad que parecía ir por buen camino pues la espontaneidad de Carlos hacía que yo, que siempre he sido muy seria, me rompiera con facilidad, me entregara a la comunicación sin problemas. Felicia era igual a él fresca y espontánea.

Al poco tiempo de conocerlos nos mudamos al lugar donde éramos vecinos de Blanca y Juan. Al visitarnos los llamamos para que los conocieran, disfrutaran de nuestros amigos Carlos y Felicia, que los considerábamos ya casi como íntimos. Al poquito tiempo una noche fueron a casa, no nos encontraron, llamaron arriba a la vivienda de Juan y los invitaron a subir. Llegamos tarde, aún estaban de visita, nos integramos e hicimos un grupo agradable de seis que disfrutamos de las conversaciones, de los pasapalos que habían servido, era agradable, nuestro grupo de amigos iba creciendo poco a poco, con gusto, con placer. Después, los Gomez les devolvieron la visita. La próxima vez que vinieron Carlos y Felicia pasaron de largo por nuestra puerta, subieron directo adonde Blanca Rosa y Juan, yo quedé muy sorprendida, pues no nos llamaron ni nos dijeron que subiéramos, sino que ya entrada la noche se fueron. Yo me puse tan triste como si me hubiera dejado el novio, no lo podía creer, eran nuestros amigos que se los acabábamos de presentar y por lo visto se llevaban tan bien que nos ignoraron. José Antonio que en eso era menos complicado que yo, le parecía natural, su amigo era Gomez y eso no reducía su amistad que estaba basada en la pesca submarina, ahí eran como hermanos, Carlos nunca le iba a quitar su puesto como amigo número uno, pero yo sufría todo como un abandono. Para mí fue una experiencia traumática, aprendí para el resto de mi vida que las personas no son propiedad de nadie, todos somos libres para tomar nuestras decisiones. Yo siempre he sido respetuosa, si alguien me presenta a su amiga, no voy a crear una relación de inmediato con ella ignorando a quien que me la presentó, hay un tiempo prudencial, no son reglas escritas, son naturales. Me costó una temporada tomarlo como normal, aprendí a que no me dolieran esos detalles, pero entonces sufrí de verdad.

Carlos y Felicia tampoco nos visitaron más, siempre llegaban directo a casa de nuestros amigos, en realidad con Blanca y Juan no cambió nuestra relación, pero con ellos no creció mucho más, Creo que no había nada por detrás, solo falta de delicadeza, como con José Antonio se veían en el trabajo pues no le dieron importancia. Con los años nos hemos mirado con cariño, pero nunca fue la amistad como la había imaginado. Allí en Barcelona murió sin haber nacido. Reflexionando en estos momentos fue mi inmadurez la que hizo que le diera importancia a algo que nunca he debido de darle, por más amistad o cariño que sintiéramos por ellos, todos debemos ser libres de hacer lo que nos plazca. Lo

que sucedía era que yo venía de las amistades del callejón, allí era hermoso ver lo bien que nos llevábamos todos.

Un día en la calle me encontré con Emilio, trabajamos juntos en la compañía de seguros, más bien compañero de departamento muy cercano, era una persona con la que pasaba todo el día conversando de trabajo, a veces de otras tonterías junto con Elide. Me alegré muchísimo, me contó que se había casado recientemente y que vivía en Puerto La Cruz, me entusiasmó mucho pensar que estaba viviendo en la misma ciudad que yo, era algo increíble, quedé enseguida en buscar a su esposa, pasear por la tarde mientras él trabajaba. Lo hice con gusto pues la alegría de encontrarlo fue inmensa. Nos conocimos, paseamos por la ciudad, pero sí entendí que las amistades se hacen por afinidad, que las vas elaborando poco a poco y dentro de un tiempo prudente comprendes con quien te llevas bien, con quien desear estar conversando o haciendo alguna actividad. No cuajó, quizás le resulté aburrida o sencillamente no fui de su agrado. A lo mejor la inocente declaración de todo el cariño que sentía por su esposo no le gustó. Tampoco me dieron ganas de repetir la experiencia y Emilio no intentó buscarme. Los olvidé pronto, entendí que las amistades no se hacen así como un reclutamiento, van surgiendo, como de hecho y con espontaneidad fueron sucediendo con el tiempo.

A través de Juan conocimos un pequeño grupo de españoles con los que íbamos a un Centro Gallego que estaba en pleno Paseo Colón, allí me reencontré con Beatriz mi muy amiga y excelente compañera que cuando trabajamos juntas se había casado con Alberto, un español con el cual también hicimos buenas relaciones y pudimos continuar nuestra entrañable amistad.

Beatriz fue compañera y amiga en la empresa de seguros donde yo siempre había trabajado en Caracas, ella fue mi guía en los primeros pasos en Venezuela, con inmenso cariño y respeto me decía lo que era aceptable y lo que no, me traía arepas para que aprendiera a comer ese extraño alimento que para los españoles es tan diferente al pan en principio. A ella siempre le he debido mucho... Beatriz era una bella morena aindiada con el pelo negro como el azabache, extremadamente delgada y alta, con una elegancia en su caminar que parecía de la realeza.

En ese grupo había dos matrimonios españoles, una pareja era de Galicia, con los que comimos en varias oportunidades la rica empanada gallega. Ella fue la que me procuró la primera receta de ese especial alimento, la otra pareja era de valencianos, divertidos, amables, Teresa y Gonzalo, con los cuales pasamos muchos momentos de risa con sus divertidas chanzas. En el Centro Gallego hacían excelentes pizzas, empanadas venezolanas y gallegas por supuesto, ricos tequeños, una variedad de alimentos de tres países distintos. Allí tomábamos unas cervezas, conversábamos y pasábamos entretenida la tarde del domingo, mientras Aliana y Sonia jugaban con los niños de Juan y Blanca. Nos despedíamos ya cuando comenzaba la noche. Con ellos también tuvimos algún

domingo playero, especialmente buscando playas desiertas y creyendo que éramos nosotros los que las habíamos encontrado por primera vez. Fue un agradable grupo.

"¡El mar, el mar!

Dentro de mí lo siento

Ya sólo de pensar en él, tan mío

tiene sabor de sal mi pensamiento."

José Gorostiza

Bendecidas playas

Nos visitaron mi hermana y Sergio con todos los niños. Paseamos por las playas dándonos sabrosos baños. Las personas amigas y familiares venían a pasar unos días juntos, por supuesto, pero también a disfrutar de momentos playeros. Oriente es número uno en esa materia. No solo son hermosísimas sus playas, también tienen aguas cálidas con arenas perfectas. De este viaje se quedó pasando unos días de vacaciones Sergio, mi primer sobrino. Por esos momentos tuve tres niños pequeños a mi cuidado.

La belleza de las playas de Oriente es algo extraordinario, atraen a veraneantes de todo el país y las personas que viven en la zona son muy visitadas por familiares y amigos buscando la placidez de su riqueza playera. Playa Colorada ubicada entre Puerto La Cruz y Cumaná, alfombrada de arena con tonalidades que van del rojo al dorado, tiene aguas cristalinas como espejos, adornada de esbeltos cocoteros. Arapito más adelante también extendida de arena blanca y frente a ella la isla de Arapo, donde hay lancheros que cruzan para llevar a los bañistas y vuelven a buscarlos en la tarde, luego de pasar un día increíble. Desde el embarcadero de la Baritina se iba a Isla de Plata que haciendo honor su nombre ese es el color de su arena y así brilla cuando le da el sol, desde allí se va a un montón de islitas que todas ellas cuentan con playas bellísimas y acogedoras. En la época de esta historia estaba la larguísima playa de Lecherías, a diez minutos de la ciudad. La de Maurica en Barcelona, que se llenaba la arena de miles de almejas y palpando con las manos apreciábamos los pequeños montículos y sacábamos una gran cantidad con las que hacíamos un exquisito arroz. Son muchos los lugares que tiene Oriente para bañistas y amantes del mar y del sol. Por añadidura las playas de Oriente poseen unas aguas cálidas inigualables.

*"Decir amigo
es decir vino,
guitarra, trago y canción"
Joan Manuel Serrat*

Julio y Olga

La visita de Julio y Olga, su esposa, fue recibida con alegría. Ellos vivían en Caracas, él era compañero de José Antonio en el ministerio. En los viajes de trabajo le había contado de la belleza de esa costa recorriéndola con un baquiano conocedor de la zona marina y con la posibilidad de ver lo hermoso de las profundidades del mar, Julio no había resistido la tentación de aceptar la invitación de visitarnos. También él, buen gourmet, no se creía mucho, quería ver con sus ojos, qué tan cierto era que todas las semanas traía una langosta a la casa cuando hacía pesca submarina. Así que José Antonio preparó un viaje especial solo para ellos en la embarcación de Cirilo, el pescador que los acompañaba en sus excursiones sabatinas. Fuimos en ese viaje los cinco adultos con nuestras pequeñas.

Como paseo especial sería rodear toda la enorme isla de La Borracha e ir deteniéndonos en cualquier playa solitaria que nos llamara la atención. Así fue e íbamos disfrutando del brillante de sol, la velocidad de la embarcación abriéndose camino en el agua, las costas de Puerto La Cruz en la lejanía, y en las partes de acantilados usando las máscaras nos asomábamos a ver las profundidades marinas con sus vivos corales, las verdes algas, formando sorprendentes jardines, los variados peces recorriendo su espacio. Todo inaudito también para mi, que siempre he sido miedosa del agua, de sus misteriosas entrañas. En una de las tantas playas tumbados en la arena y disfrutando de la compañía, Julio le preguntó a su anfitrión si era por ahí por donde encontraban las cacareadas langostas, José Antonio le dijo que sí, pero en ese viaje no íbamos de pesca, solo paseábamos. Y al seguir el descanso José Antonio se metió a darse un baño, por un lugar pedregoso y al poco rato salió con una enorme langosta, tan grande que estaba llena de pequeñas lapas pegadas a su caparazón... y le dijo de modo picaresco, y "hasta las pescamos con la mano". Fue una anécdota muy divertida, pues fue cierto que la pescó con la mano, pero no era común, había que buscarlas por las cuevas, se encuentran también alrededor de los arrecifes de coral y él la había tropezado mientras buceaba por un farallón cercano.

Al llegar a casa Julio disfrutó de un almuerzo succulento donde estaba tan divertido que él preparó un ajolio o alioli, salsa típica de la gastronomía mediterránea formada por la emulsión de aceite de oliva y ajo, de bonita apariencia y mejor sabor. Yo se la había visto preparar a mi mamá, pero nunca supe hacerla, suele emplearse en preparaciones a base de pescado o marisco. Fue un buen fin de semana. A José Antonio siempre le gustó compartir sus diversiones con las personas que quería, en estos casos se entregaba para complacer a sus invitados, les brindaba todo lo bueno que estaba a su alcance.

También nos visitaron Gerardo y Belisa, a él le encantaban las langostas y José Antonio le había reservado suficientes, como para decir que nunca había comido tanta, y nosotros felices de poderles devolver aunque solo fuera un poquito de aquello que tanto nos habían dado cuando vivíamos en el callejón.

*"El mar es
el Lucifer del azul.
El cielo caído
por querer ser la luz"
Federico Garcia Lorca*

Preciosa carretera

Los viajes a Cumaná eran muy frecuentes, por trabajo José Antonio tenía que ir de vez en cuando en la tarde a cumplir alguna formalidad a una dependencia de la oficina. Las niñas y yo lo acompañábamos cuando nos apetecía, paseábamos por una bonita plaza que tiene esa ciudad mientras él cumplía sus obligaciones. Mas lo maravilloso era el viaje, esa carretera que buena parte de ella bordea la costa y van pasando por nuestra vistas playas, pequeñas bahías de todos los tamaños, que dan ganas de detenerse para sumergirse en las cálidas y transparentes aguas. Tiene muchas curvas pero es hermosísima, no solo la de Cumana sino inclusive hasta Carúpano, algo realmente precioso que llena el viaje de disfrute y alegría.

El regreso ya lo hacíamos de noche con las pequeñas dormidas en el vehículo, nosotros conversando, como ha sido muy corriente en el resto de nuestra vida. Los problemas más tensos, los hemos discutido en viajes por carretera, hemos viajado mucho en todo el tiempo de nuestro compartir en pareja y se fue convirtiendo en una costumbre el enfrentar las desavenencias personales montados en un vehículo, no me refiero a pelear, eso es distinto, ha sido resolver situaciones, exponer conflictos, hacernos reclamos y buscarle soluciones.

En una oportunidad nos decidimos llevar ropa de baño y detenernos en cualquier playa desconocida que nos saliera al paso, llegamos a una preciosa, de nuestro gusto y bajamos los cuatro contentos a darnos el chapuzón perfecto, nos metimos corriendo como un juego, se veía una playa mansa, tranquila, no había absolutamente nadie. Al lanzarnos todos casi al mismo tiempo, sentimos como fuertes corrientazos que nos hicieron salir despavoridos, pronto descubrimos que estaba llena de aguas malas, que parecen hilos invisibles que queman cuando te rozan. Secamos rápidamente a Aliana y Sonia para ver que marcas tenían en el cuerpo, ya en Cumaná tomamos un antialérgico

que compramos en una farmacia, y entendimos que la gente es sabia, por eso estaba vacía, seguro que no éramos los primeros que les sucedía un ataque tan masivo.

*"El misterio de la vida es tan grande
como la sombra en la noche.*

*La ilusión de la sabiduría es como la niebla del
amanecer".*

Rabindranath Tagore

Escuela Armando Reverón de Barcelona

Este Instituto de arte Escuela Armando Reveron, tenía ese nombre en honor al extraordinario pintor venezolano. Que no sólo sus telas son maravillosas, sino su manera absoluta de entregarse. Llegó a la muerte fusionando cuerpo, espíritu y fuerza creativa. Elaboraba objetos, cerámicas, muñecas que junto con las telas y pinceles, en su castillete de Macuto celebraba el rito milenario del hombre dejando su impronta de vida. Se manifestó en sus pinturas como el pintor de la luz, efectos de la intensa luminosidad del trópico.

En esa escuela donde comencé a pintar como un entretenimiento, llegué a vivir una legítima plenitud. Sucede que allí los magníficos profesores que estuvieron en ese tiempo, tenían la ventura de transmitirnos a los alumnos, un sublime entusiasmo que nos hacía dudar de que todo lo que habíamos vivido hasta esos instantes no era vida completa, porque nos faltaba la magnificencia del arte.

Fue para mi lo mejor que me sucedió en esos tres años y medio que viví en el Estado Anzoátegui, bueno, me ocurrió otra cosa mejor, que lo contaré más adelante, pero fue la escuela la que me dio autoestima, sentir que era capaz de hacer otras cosas además de ser madre y ama de casa. Comencé primero las clases nocturnas, ponía un gran pliego montado en un caballete y dibujaba con carboncillo, yo me iba emocionando porque era capaz de hacerlo, cada día llegaba a casa con un rollo de papel bond grande, un enorme dibujo hecho con mis líneas que poco a poco se iban soltando, caminando con ligereza, al terminar el profesor me decía, "si le pones laca de cabello, te puede durar, oscurece un poco pero ya no se cae", luego seguí con colores, bodegones a todo color con los milagrosos trazos de las tizas, metiendo los dedos para difuminar, y de la misma manera, "ponle laca de cabello y dura mucho tiempo", yo sin creerme que eso salía de mis manos, que era capaz. Además que el rato que pasaba en la escuela eran horas tan ensimismada que me olvidaba de niñas, de marido, de comida que tenía que hacer, o la compra del supermercado, pasaba el día esperando, pensando la cita que tenía a las siete

en la tarde en una sala grande con varios alumnos donde me esperaba un gran pliego de papel en blanco.

Luego al comenzar primero Aliana y más tarde Sonia las clases, me invitaron a asistir a las que pudiera ir en el día como oyente, primero a las de historia del arte, que las daba Gladys Meneses con tal placer, con tanto gusto y entusiasmo, que era difícil no sentirte con el deseo de seguir leyendo e investigando por tu cuenta. Las daba con claridad, con inmensas ganas de transmitir, yo que tantas veces había deseado el estudiar me sentía plena. Después las de apreciación de una obra de arte, los diferentes estilos, la emoción del artista, su vida, su alma. También ella nos daba las clases de grabado, el manejo de la prensa, la limpieza de las obras. Gladys continuaba dando las clases en su casa, a los alumnos nos prestaba libros, cuando íbamos a buscarlos aunque estuviera cocinando se emocionaba de tal manera que la conversación en su cocina se convertía en la continuación de la clase que nos daba en el aula, era tan generosa con sus conocimientos, se entregaba de tal forma que no podía evitar ese darse ante cualquier pregunta o explicación de un libro que nos prestaba. Yo como alumna recibía todo como regalo de dioses.

Las excelentes clases de cerámica con la profesora Acacia, maestra en la facultad de odontología, eran maravillosas, ella sentía que estaba cumpliendo su vocación haciendo algo diferente a aquello de lo cual se había graduado. Entendió que amaba la cerámica cuando modeló dientes en la universidad y allí encontró por donde iba su anhelo. Terminó haciendo piezas marinas preciosas, erizos, algas cualquier forma parecida a los animales o fósiles del mar, en sus inicios de ceramista se inspiró en los trabajos de su carrera, una serie que llamó molares, formas elegantes que en la base descansaba un punto donde termina la raíz de una pieza dentaria y subía esquematizada finalizando con la apariencia de un molar que había perdido su primera esencia para quedar sólo en una hermosísima forma en arcilla quemada.

Esmalte sobre metal, nos lo daba Barreto. Esa sensibilidad tan especial que tenía para la escultura la trasladaba a aquello que fundía y terminaba en piezas bellísimas y originales como pulseras o collares.

En pintura al óleo eran Pedro Baez y Régulo los profesores, hacíamos bodegones con modelos. También salíamos a la orilla del río Neverí en medio del verde follaje a copiar e inspirarnos en la gracia y frescura de la naturaleza.

Toda actividad que allí se daba que yo tuviera la posibilidad de ir podía entrar para aprovechar la clase junto con los muchachos que estudiaban arte puro, eso en la mañana y en la tarde que ya Aliana y Sonia estaban en casa, de nuevo regresábamos a la escuela, ellas entraban al taller de creatividad infantil, yo a la clase que se estuviera dando. No me perdía nada, me entusiasmé de tal manera, eran tantas las ansias de aprender, esos profesores tenían tantos deseos de transmitir que me entregué por completo al

conocimiento de las obras artísticas realizadas por el ser humano que expresan una mirada sensible acerca del mundo y del alma. El arte permite expresar ideas elevadas y yo estaba presta a entenderlas.

Hubo momentos que lloré por tanto tiempo perdido, estaba comenzando con torpeza a los veintiséis años, dudaba que pudiera llegar a desentrañar toda la magia y obtener la pericia que había que adquirir para ejecutar obras creativas, cualquiera que fuera su especialidad.

La escuela y sus profesores me cambiaron mucho la manera de ver la vida, entendí de pronto cosas que siempre me habían resultado difíciles de comprender, me enseñaban un misticismo no religioso, que era tan válido como el mío, me cuestionaba que yo con mi religión nunca me había entregado de esa manera como lo hacían ellos. Esos profesores que se decían ateos, se ofrecían a sus alumnos por completo, era el arte que deseaban transmitir, llenar almas de la armonía que puede contener la pintura, la escultura o la música, de repente entendía una forma diferente de ver a las personas y sus necesidades, los profesores tenían una entrega que no sólo era para llenar el espíritu de bondades, era para llenarlo también de belleza, estaba llena de amor hacia los otros y me hacía intuir que el arte también llenaba exigencias del alma. Era como una religión, yo al recibirla no dejaba mi doctrina por la que estaba conociendo, podía fundirlas, para tener un crecimiento de vida interior más íntegro.

*"Y todas las rutas van
hacia lugares habitados por los hombres".
Antoine de Saint-Exupéry*

Viaje a las Islas Canarias y a Zaragoza

José Antonio tenía vacaciones vencidas en el Ministerio cuando decidimos hacer un viaje a Tenerife para que los abuelos vieran cómo las niñas habían crecido, sabiendo que íbamos a darles una alegría. Pasamos allí el mes y medio de asueto de José Antonio, luego fuimos a la península a pasar otro tiempo ahora yo sola con las niñas, él tenía que integrarse a su trabajo, así que me acompañó, pasó una semana conociendo a mi familia y nosotras tres estuvimos ese tiempo en casa de la tía María, hermana de mi mamá.

Y así fue, en Tenerife lo pasamos delicioso, la abuela Mili disfrutó mucho de sus nietas que las había dejado siendo unos bebés y ahora tenían cuatro y cinco años. Y el papá de José Antonio también lo pasó bien enseñándole los adelantos de la finca a su hijo, ya graduado de ingeniero agrónomo, sabiendo que entendía todos los problemas y dificultades de una finca que estaba comenzando.

Viajamos a Tazacorte para que yo conociera a la familia paterna y José Antonio disfrutar, por sus calles, sus playas, sus plataneras, convivir de nuevo con sus primos y ver a sus tíos, que eran ya mayores. Fuimos con Aliana y Sonia para que nos conocieran a las tres. Momentos deliciosos pues toda la familia hizo lo posible para que los días fueran perfectos e inolvidables, fiestas, viajes en lancha a lugares hermosos, carreteras con paisajes espectaculares, tal cual todo como me lo había contado José Antonio, que estaba en la gloria en ese ambiente tan añorado.

Los dos solos como si fuéramos de luna de miel fuimos a Lanzarote, isla extraña, hermosa con sus paisajes de lava y lugares turísticos como la montaña del fuego. En la tierra colocan sardinas que son cocinadas por el inmenso calor que desprende de su interior. Los camellos son animales que transportan a turistas con caras asustadas por el bamboleo del lento caminar del animal, más la altura que hace que uno se sienta tan alejado del suelo. Vimos la hermosísima cueva de Los verdes donde casualmente un músico famoso Alirio Díaz reconocido como uno de los más importantes guitarristas de Venezuela y del mundo, nacido en Carora, ensayaba melodías de la música clásica europea, para un concierto que tenía esa noche en el auditorio de la cueva, escenario natural con paredes volcánicas y una increíble acústica, que es sencillamente prodigiosa. Resulta sorprendente que las paredes de lava negra contengan trazas de color blanco, rojo y amarillo.

Vimos la novedosa siembra de uvas que por unas pequeñas paredes semicirculares de lava negra atraen humedad de la noche y esa agua recogida es el riego que necesitan. En un lugar donde hay dificultad de este líquido era una verdadera novedad. Ver los grandes sembradíos con esa manualidad individual en cada cepa posee la belleza como si fuera una alfombra pictórica trabajada con mucho esmero.

También recorrimos la isla de Tenerife viendo sus paisajes hermosos, los fascinantes, enigmáticos dragos, árboles de desierto que cuando son jóvenes suelen crecer con un único tronco, sin ramas donde el crecimiento múltiple ocurre luego de la primera floración y que van creciendo cada quince años aproximadamente. Hay algunos enormes, bellísimos, ya muy ancianos.

El tío Jesús profesor en historia del arte, especialista en imágenes religiosas, me invitó cuando él fue a ver un niño Jesús que estaba en la iglesia de un lejano pueblo, para determinar a qué fecha y estilo podía pertenecer. Lo acompañé feliz, porque disfruté de un día completo con un profesor extraordinario de la Complutense sólo para mí. Recorrimos bastantes kilómetros, mientras me daba clases magistrales, que también estoy segura desperdicié por toda mi ignorancia, pero no me arrepiento ni me hace sentir mal, fui sumamente feliz, era el momento preciso, cuando estaba metida de cabeza en mis clases de arte, fue por eso que él me pidió que lo acompañara.

También compartimos con Milagros, hermana de José Antonio más joven, nos sacó a discotecas a bailar con su grupo de amigos, con ella recordamos nuestra época de novios que ya por el tiempo transcurrido comenzaban a ser historia.

Si, lo pasamos divinamente y los padres de José Antonio también nos disfrutaron, sólo tuvimos un momento tenso que fue cuando Don Antonio nos reunió en su oficina y nos ofreció, más bien nos pidió que nos fuéramos a vivir allí, que la finca lo esperaba y ellos se contentarían mucho con nuestra compañía. José Antonio sin dudar y con pesar le dijo a su papá que las oportunidades de hacer cosas importantes en agronomía, estaban en Venezuela, que él mismo se lo había dicho, que estaba trabajando, aprendiendo demasiado a gusto para dejarlo. A mi no me hubiera importado, aunque también creía que la vida que hacíamos en Venezuela era más divertida e interesante que la que podíamos hacer en Tenerife, pero tampoco le influí ni él dudó. Se que fue triste para Don Antonio, también un momento tenso dentro de la felicidad que nos había acompañado durante mes y medio.

En Zaragoza también fue muy bonito el tiempo pasado, mi familia tan querida como siempre me hizo comidas de encuentro, mi amiga Feli que nunca habíamos dejado de serlo a través de correspondencia, me acompañó a muchos lugares, pasé tiempo a su lado, ella entonces tenía dos niños, Piluca y Javier. Hicimos fotos memorables de los cuatro pequeños, los de ella más las nuestras, como símbolo de la unión que teníamos como amigas. Fuimos a Villanueva, lugar donde pasé muchas veces, vacaciones de niña, emocionada caminé algunos de los míticos lugares que había recorrido de pequeña, comí melocotones de Aragón grandes, dulces, jugosos, higos como la miel. También en Zaragoza comí aceitunas del mercado de Lanuza, caminé buscando a los Cabezudos, hombres disfrazados con unas cabezas de cartón enormes que persiguen a los niños con una fusta, porque los pequeños les cantan canciones insultantes, igual como en mis tiempos de chiquilla, con las mías ahora en los brazos. Vestí a mis dos pequeñas de baturras, traje que les hizo su tía Pilarín, ellas orgullosísimas acompañadas de su primita Sagrario le llevaron flores a la Virgen en la famosa ofrenda a las puertas de la basílica del Pilar. Me despedí para siempre de mi tía Maria, presentía que no volvería pronto, sabía que ella no me podría esperar.

Visité en dos oportunidades el Museo del Prado en Madrid, en una de ella pasé yo el día sola recorriendo y volviendo de nuevo a admirar todo aquello que me había llamado tanto la atención, tarea que no podía dejar de hacer, me emocioné con Velazquez, El Greco, Goya, Rubens, El Bosco y tantos otros importantes que están en esas hermosas salas.

He contado todo con rapidez para las tantas emociones que sentí en esos tres meses. Era algo que deseaba hacía tiempo, volver al lugar del que salí llorando, pensando que jamás regresaría. Sin embargo llegué feliz a Venezuela, a continuar la vida que había dejado por estas largas vacaciones, me sentí plena, vi con cierta perplejidad que ese país cálido y

brillante de luz era mi país, estaba partida, es cierto, pero allí deseaba seguir el camino de familia que hacía pocos años había comenzado.

*"Isla de sueños donde reposa
el alma ansiosa
¡Dulce embriaguez la gloria es!"
Gustavo Adolfo Bécquer*

Isla de Guaracaro

Era costumbre ir con los profesores a unos fines de semana playeros en una isla muy especial. Tomando una lancha en la Baritina te llevaba a un lugar casi parecido al cielo, por la transparencia del mar, por los palafitos que ellos habían construido, desde los que se apreciaban corales de mil formas y colores, verdes plantas marinas en movimiento y por la vegetación fabulosa que tenía la isla que en determinadas épocas del año se llenaba de inmensas flores blancas, como un nevado de frágiles pétalos.

Todo allí era espectacular, desde el lugar hasta la estadía donde disfrutábamos de los deliciosos baños de mar tanto adultos como niños, de la posibilidad de compartir, al mismo tiempo que preparábamos suculentas sopas de pescado, o arroces con mariscos, o catalanas asadas, todo sacado del inmenso mar que nos rodeaba. Le daban el nombre de isla de Barreto, porque según decían, Pedro descubrió esa isla desierta como un reino maravilloso, pero en realidad su nombre es isla de Guaracaro. Allí fue donde Gladys al verme tomar una cerveza dejando la segunda a mitad, me dio la sentencia que nunca he podido cumplir, según me dijo "cervezas hay que tomar más de tres y menos de treinta y tres", en verdad yo nunca logré llegar ni a la segunda completa. Porque aquellos queridos profesores, si bien en el aula eran excepcionales, también le entraban con ganas y apetito a la buena comida y a la cerveza en la playa.

Los miércoles nos reuníamos en la noche en una graciosa quinta que un generoso mecenas habían donado a la colonia artística de Barcelona, allí se celebraba a veces alguna conferencia informal cuando estaba un visitante que manejaba temas de interés relacionados con el arte, por lo general las reuniones estaban más dedicadas al encuentro, a tomar bebidas espirituosas, que nos donaba una cervecera de la ciudad, también a comer unos riquísimos tequeños que con arte y maestría preparaba un señor amigo de los artistas, también cocinero como gracia especial, en realidad los llevaba ya listos, en el momentos que alguien lo solicitaba, los freía. Los tequeños, que se componen de un buen pedazo de queso blanco forrado con una tira de suave masa, eran una parte importante de aquellas veladas. Estas reuniones celebradas en ese lugar al que le dieron el nombre de Circulo Ariosto, agrupaban a profesores, alumnos, familiares y amigos del

arte de esa ciudad, también artistas que estuvieran por la zona porque se estaban presentando en el teatro, de modo que igual podían llegar bailarinas, escritores o músicos. Todos sabían que los miércoles a partir de las siete de la tarde se abrían las puertas y la comunidad artística tenía un sitio amigable de encuentro, o si era fin de semana dos días de playa maravillosa y compañía grata.

*"Comprendiendo sin esfuerzo
que el hombre se queda, a
veces, pensando,
como queriendo llorar"
Cesar Vallejo*

El equilibrio

En una oportunidad, un miércoles al salir de la clase de pintura, fui a casa con Aliana y Sonia a darles cena, para luego las tres irnos un rato al Circulo Ariosto, pasé primero por la escuela de arte a ver si había alguien y podía llevarlo ya que iba en automóvil, pues el lugar estaba un poco alejado, al acercarme, estaba llegando José Antonio de un vuelo directo de Caracas que había ido por trabajo y pensó buscarme. Lo vi de lejos con cierta sorpresa, no lo esperaba, lo invité a acompañarme, reflexioné, cómo estábamos tan metidos cada uno en cosas de nuestro interés, que parecía que nos estábamos alejando. No creo que pareciera, era verdad, lo presenté cuando apareció a buscarme en la escuela de arte y me causó sorpresa, no alegría. Eso me dejó confusa. Pasamos un rato en compañía de artistas, saludamos, conversamos, tomamos una cerveza y nos fuimos pronto a casa, pues el día siguiente era día de trabajo, de escuela para Aliana y Sonia por lo tanto no deberían acostarse muy tarde.

Fue una reflexión repentina, como un descubrimiento, pero sí era cierto, parecía que se formaba un problema, estábamos los dos muy a gusto con nuestro quehacer, y no atendiendo la relación y el amor que en esas circunstancias se va enfriando. Sentí que él no se interesaba en lo que yo hacía y a mi me estaba sucediendo lo mismo, incluso no estaba muy clara por qué había ido a Caracas en ese viaje.

Me asusté, éramos una familia de cuatro que apenas comenzaba y decididos a continuarla, a pelear con los demonios que aparecieran en el camino para que eso no se rompiera. Había que hacer un alto, teníamos que conversarlo. Me dio preocupación ese encuentro inesperado, no tener la alegría natural que siempre había sentido, era como alguien que venía a romper ese momento que yo había decidido, quizás un poco fuera de mis costumbres, ir al Circulo Ariosto con las niñas, en lugar de quedarme en casa, leyéndoles cuentos y llevándolas a dormir pues era la noche. Me di cuenta de mi error,

había que ponerle remedio. Estaba bien que Barcelona fuera divertida para los dos, pero no podíamos olvidar nuestro proyecto familiar y dejarlo fuera, teníamos que estar atentos a todo, también hacer aquellas cosas que a ambos nos gustaban, solo había que ser cautos, estar pendientes, buscar más nuestro encuentro, darle un espacio, cuidarlo como una planta delicada que puede morir de abandono. Me lo propuse, José Antonio lo entendió enseguida, aunque quizás no le dio tanta importancia, en el transcurso de nuestra vida he sido yo la que aprecia estas situaciones, le he llamado la atención en varias oportunidades. El carácter de él siempre ha sido vivir lo que está haciendo con emoción y a veces olvidar al resto de la familia. Solo que en aquella oportunidad, sentí que era yo la que podía quebrar nuestra armonía.

*"Lo importante es
no dejar de preguntar"
Albert Einstein*

La ira

Cuando José Antonio conoció los Altos de Santa Fe, un lugar cercano de Barcelona, a la salida hacia Cumaná, quedó fascinado porque es imposible imaginar que a diez minutos subiendo, el clima, la vegetación, pueden cambiar de una manera tan abrumadora, en las mañanitas puede haber neblina. Era un paraíso de clima y de belleza al lado mismo de la calurosa Barcelona.

Enseguida imaginó que ese era un lugar especial para sembrar flores. Por allí hay casas grandes, personas que van a pasar unos días, otras que viven de manera permanente, si recorres por lugares más alejados encuentras campesinos que su costumbre es cultivar, tienen su conuco.

Así que José Antonio que no lo pensaba mucho cuando se le ponía algo en la cabeza, habló con un señor llamado Manuel y luego con otro que le aconsejó éste, llamado José. Les propuso un negocio, ellos sembraban unas pequeñas muestras de flores para ver cuales se daban mejor, José Antonio los asesoraba, les traía semillas, fertilizantes etc. y ellos hacían las pruebas. Una vez con ellas ya en la mano comenzarían a sembrar en más cantidad aquellas que mejor se daban y las que eran más buscadas en el mercado. José Antonio se ocuparía de conseguir, o alquilar algún buen pedazo para sembrar en más cantidad, si todo iba funcionando bien.

Y así fue, buscaron una porción donde cada uno iba a hacer sus pequeñas siembras que la tenían al lado de la casa, les trajo las semillas, les explico como se sembraban, la distancia, profundidad y otros detalles. Estaban con cierto entusiasmo los tres, creando también una amistad de trabajo.

Tuvimos un viaje a Caracas no recuerdo si era diciembre o algún fin de semana largo. Ellos cada uno tenía su tarea, José Antonio buscar lo necesario, información o entrevistarse con algún cultivador de flores, los dos campesinos cada uno cuidar sus plantas que ya estaban crecidas y se estaban emocionando viendo que el clima era certero, también que plagas las atacaban, en fin, cada uno anotaba lo importante. Estaban haciendo su trabajo.

Yo en Caracas me enfermé de una fuerte virosis, regresamos cuando nos correspondía. Yo aun no estaba recuperada, me dolían los huesos, tenía fiebre, dolor de cabeza, el viaje me había cansado mucho. Como José Antonio estaba preocupado por los dos señores, socios de algo que podía funcionar, y entonces no existían los celulares como en estos momentos, antes de llegar a casa fuimos a visitar a los campesinos.

Ellos vivían en un lugar donde la carretera daba una vuelta y subía una pendiente fuerte. Desde la casa en la que vivía José, que era más arriba, se veía en la distancia la casa de Manuel. Nosotros íbamos en el jeep anaranjado que se distinguía muy bien desde lejos. José Antonio entregó los materiales a Manuel, habló con él, le pidió que le dijera a José que hoy no lo visitaba pues Alicia estaba enferma y debía llegar pronto a casa, le explicó el paso siguiente de lo que iban a hacer y que, por favor, le comunicara a José por qué no lo habíamos visitado. José Antonio se fue tranquilo, ya sabían los dos que no se había desaparecido.

A los dos o tres días que regresó para hablar con ellos más tranquilo, Manuel le contó, que Juan destrozó con el machete todas las flores porque le dio molestia al ver que daba la vuelta y se regresaba sin verlo a él. Tenía tanta rabia que había macheteado todo el sembradío de prueba. Al ver el jeep, estaba esperando que como siempre subiera a verlo. No se le ocurrió, que alguna razón podía haber, él cumplió su primer impulso que fue acabar con todo. La envidia y la ira son malas consejeras. Se acabó el experimento, no fue un buen fin. José Antonio y José no recuerdo qué fue lo que conversaron pero se desilusionó y se asustó del carácter tan agresivo, tampoco quiso enemistar a los dos que por lo visto siempre se habían llevado bien.

Fue una mala experiencia, además muy sorpresiva, más adelante cuando nos tocó convivir con el mundo campesino estábamos muy pendientes al hacer amistades el no hacer preferencias, pero la verdad nunca tuvimos que vivir ningún episodio de esta importancia.

*"¿No sientes también el peligro
en la carcajada del mar?"*

Pablo Neruda

Compartiendo lancha

Juan un día llegó muy contento, había comprado una preciosa lancha a buen precio, un amigo se iba a vivir fuera y estaba vendiendo sus propiedades, él no pudo resistir la tentación. Era bonita, fuimos a verla pues la traía al patio para hacerle algún mantenimiento.

Había comprado la lancha sin motor, esperando adquirirlo más adelante, era mucho el gasto. Entonces José Antonio sin pensarlo más dijo: "Yo compro el motor y la lancha es de los dos", a Juan le pareció excelente idea y como se llevaban muy bien no hubo problema, pronto muy contentos como niño con juguete nuevo, se dedicaron a buscar el motor idóneo.

Y a partir de ese día también éramos socios de una lancha de paseo, no era para pescar, eso siempre lo hacían con el pescador que conocía muy bien todo el territorio aledaño, esta era para pasear y ahora estábamos incluidas nosotras junto con los niños en el nuevo proyecto.

Decidieron que sería un fin de semana para una familia y el otro para la otra, si teníamos algún invitado cedíamos nuestro día, o sea, estaba sujeto el plan a cambios por motivos especiales. Todos estábamos seguros de que no iba a haber ningún inconveniente, como así fue.

A partir de ese día, sobre todo el primer tiempo, la semana que nos tocaba salíamos el domingo los cuatro con nuestros salvavidas a pasear por los alrededores de Puerto la Cruz y Barcelona, también si venían visitas los sacábamos a dar una vuelta en lancha, era una nueva diversión.

Un día fuimos a la isla de La Borracha, paseamos, nos bañamos en algunas playas y regresábamos en la tarde antes de las cuatro y media, pues a esa hora cambiaba el mar, se picaba muchísimo y las olas se hacían inmensas, el regreso se volvía tan peligroso que los pescadores si se les hacía tarde preferían quedarse a dormir, regresar al día siguiente. Por descuido el cambio nos sucedió cuando estábamos a mitad de camino, por primera vez, vi que estábamos en peligro a pesar de la buena pericia de José Antonio. Las niñas se dieron cuenta pero solo se quedaron en silencio presintiendo que era lo mejor para su papá. José Antonio tenía que montar la olas con gran maestría para no caer en lo profundo, atrapado en medio de dos, ese era el peligro, si caía íbamos a volcarnos dentro de ese mar tan picado. Llevábamos por supuesto salvavidas los cuatro pero yo tomaba de las manos a mis pequeñas muy asustada, solo pensando que José Antonio no lo lograra, a pesar de la confianza que le tenía, porque lo vi demasiado serio, concentrado,

en ningún momento me dijo "no te preocupes". Estaba peleando contra un mar que se puso furioso de repente. Habíamos pasado un día delicioso y de pronto todo parecía quebrarse ante la locura de un mar desaforado, yo rezaba en mi interior, deseaba estar en otro lugar, que mis niñas no tuvieran que vivir eso que por momentos parecía inminente. La lancha se veía tan débil ante la furia de las olas y nosotros surfeando de una a otra, como si de un juego se tratara. No perdimos la compostura, no queríamos darle inseguridad a Aliana y Sonia, solo estábamos muy serias viendo los movimientos de José Antonio que intentaba no perder el control. Fue un largo rato de susto, el mar tiene un sonido enloquecedor cuando se pone furioso.

Al fin divisamos el litoral con el corazón prensado, mas ya logrando cierta calma, nos fuimos acercando y regresó la tranquilidad a nuestro espíritu. Ya estábamos fuera de peligro, entonces como un regalo se nos ofrecía un espectáculo maravilloso, toda la costa que abarcaba nuestra vista, estaba llena de medusas o aguamalas, pelotas rosadas semi transparentes en centenares, flotando en vaivén como una coreografía al son, ya más suave, de la música que nos ofrecía el mar, un baile de movimiento y color como augurio de vida, ofreciéndonos algo nada común a la vista. Era muy extraño lo sucedido para que hubiera tal concentración de frágiles balones transparentes flotando cerca de la orilla. Avanzando se detuvo José Antonio en el muelle, bajamos las tres, él acomodó la lancha, que por momentos había sido el único débil suelo que teníamos bajo los pies, entramos al automóvil en silencio y dando gracias a Dios interiormente nos fuimos a casa. Tampoco lo hablamos delante de ellas, no queríamos que lo sintieran con el mismo miedo que lo vivimos nosotros. Como padres primerizos deseábamos, que pensarán que si por momentos estuvo complicado, todo estaba bajo control... pero no era tan cierto, sólo mientras ellas jugaban en la parte trasera del vehículo, José Antonio me miró y me dijo... "sí, fue difícil". Yo por tiempo no tuve mucho interés en continuar con nuestros paseos en lancha.

*"La ambición de sí tanto enajena
Que con el vil temor ciego no advierte
Que carga sobre sí la infausta suerte
Quien al Justo sentencia a injusta pena"
Sor Juana Inés De La Cruz*

Huelga en la escuela de arte

El domingo 1 de diciembre de 1968 se celebraron elecciones en Venezuela para elegir al sucesor del Presidente Raúl Leoni, líder del partido oficialista Acción Democrática. En estos comicios resultó vencedor por escaso margen de votos el doctor Rafael Caldera del partido socialcristiano COPEI, siendo esta la primera vez que ese partido asumía el poder. La democracia había llegado al país el año 1958, y por dos periodos seguidos había conseguido el triunfo Acción Democrática, ahora ganaba Rafael Caldera después de presentarse durante tres periodos seguidos. Estaba muy orgulloso y contento, yo también, pues era mi candidato, además mientras estaba en España, había que inscribirse y yo no pude hacerlo, me sentía triste y decepcionada, mi voto era para Caldera, pero no pude hacerlo.

En la escuela corría el rumor de que "iban a sacar al Director Pedro Barreto y lo iba a sustituir un profesor natural de Barcelona, Victor Cremonesy, primo del que iba a ser gobernador". A los alumnos nos parecía una locura, pero aun pareciéndonos algo inconcebible, viendo que el rumor continuaba, comenzamos a prepararnos para recibir este golpe. Esto me tenía muy afligida, yo en esos momentos no me imaginaba que el partido por el cual yo había querido votar nos hicieran esta triste jugada en la escuela donde yo me sentía tan completa.

En silencio los alumnos hicimos reuniones clandestinas, preparamos pancartas, nos organizamos para el momento que eso pudiera suceder, aunque teníamos la esperanza de que fuera solo un rumor. Pero no fue así, el mismo profesor Cremonesi llevó a cabo la destitución del director y su nombramiento y en el momento en el que nos enteramos, los alumnos tomamos la escuela y comenzó lo que resultó ser una huelga de unos veinte días. Entendimos que no eran ganas de mejorarla, eran apetencias personales de un profesor ambicioso que quería sacarle provecho al tener un primo gobernador, al que por lo visto había convencido de una desorganización en ese instituto y que él la iba a mejorar.

Forramos la escuela de pancartas donde contábamos lo que estaba sucediendo, le pusimos candados y nos quedamos los alumnos dentro, comenzando reuniones para organizarnos y hacerle frente a todo lo que iba a seguir pasando. Nos sentimos muy dolidos los alumnos, queríamos nuestro director y no deseábamos a este señor tan deshonesto y traicionero, que por añadidura era profesor de Gráfica bastante mediocre.

Dimos declaraciones a la prensa, también nos apoyaban todos los profesores, pero la huelga era de alumnos. Escribimos una carta buscando apoyo a los intelectuales del país solicitando sus firmas, la mayoría concentrados en Caracas y un comisario de nosotros fue a entregarla, considerábamos que estas firmas serían decisorias para poder continuar nuestro año con el mismo director que habíamos tenido hasta esos infames momentos.

Yo era la persona más adulta, e intentaba organizar a mis compañeros, y pasaba el día en la escuela pero en la tarde salía y se quedaban solo un grupo pequeño de alumnos a dormir en las instalaciones. En las noches les llevaba comida a los muchachos y yo dormía en casa considerando que no había visto a las niñas, aunque José Antonio me ayudó para que estuviera tranquila en mi huelga. Esto me agradó mucho y siempre se lo agradecí.

El gobernador llamó a José Antonio para amenazarlo de destituirlo y le dijo "me parece indecoroso que la esposa de un ingeniero del ministerio esté liderando una huelga", cosa que no era cierto, apenas yo actuaba como una alumna molesta por el abuso que se estaba haciendo en mi lugar de estudios. José Antonio le dijo "ella es mayor de edad y yo no dirijo su conducta, tiene derecho a quejarse de los estragos que estan haciendo en su escuela, considera que el profesor Cremonesi es incompetente para dirigirla".

Hasta esos momentos el partido de gobierno que había estado en el poder era Acción Democrática y nunca legalizó al partido comunista, y un grupo importante había tomado la montaña y organizado una guerrilla, por lo que habían muerto bastantes personas. El presidente Caldera al tomar el poder comenzó conversaciones con los dirigentes de ese partido que estaban en el exilio buscando una pacificación para acabar con esta guerrilla y legalizar al Partido Comunista y justo en ese momento, estaban en conversaciones. Como muchos de los intelectuales eran simpatizantes de la izquierda no se atrevían a firmar una carta que podría causar ruidos en esa pacificación que todos deseaban. Mientras tanto nosotros estábamos en la escuela esperando una ayuda que nunca llegó. Todos los días esperábamos la carta prometida con las firmas de los artistas e intelectuales, creyendo ingenuamente que el gobernador se iba a retractar.

Mientras, los alumnos intentamos mantenernos firmes. La comisión que iba y venía a Caracas buscó a un organismo cultural, a pesar de que esta escuela dependía de la gobernación, y en un fin de semana llegó una comisión, que si bien no tenían autoridad para deshacer lo que habían hecho el profesor y el gobernador, intentarían conversaciones con el partido Copei y con ellos para ver qué podía hacerse.

El organismo logró que finalizáramos la huelga, después de conversaciones con las dos partes ofrecieron la dirección a una persona relevante de la comunidad que amaba la escuela, y la aceptábamos los alumnos como también los directivos del partido Copey. No conseguimos que regresara Pedro Barreto, quizás más adelante. Entregamos las llaves al nuevo director, todavía de palabra y esperamos el lunes la apertura de la escuela.

Cuando fuimos profesores y alumnos a la hora de comenzar clases el lunes, el gobernador y su grupo habían puesto un nuevo candado. Engañaron a esta institución a los alumnos y profesores. No pudimos entrar, no hubo clase hasta que días adelante llegó un director anodino, abrió la escuela y los profesores comenzaron las clases de nuevo.

Todos alumnos con la moral baja intentamos seguir, ni estaba Cremonesi, ni Barreto, pero el destino era incierto. Nunca se publicó la carta con la firma de los intelectuales y artistas. Jamás mostraron su apoyo.

No hubo ni vencedores ni vencidos, pero los alumnos estábamos seguros de que habíamos perdido. Los buenos profesores en poco tiempo fueron renunciando poco a poco, unos se fueron al exterior, otros buscaron cargos en otras escuelas de arte del país, y después de unos meses me di cuenta con tristeza que la escuela ya no era la misma. También nunca más en mi vida voté por el candidato del partido COPEI

*"Mujer, en un silencio que me sabrá a ternura,
durante nueve lunas crecerá tu cintura;
y en el mes de la siega tendrás color de espiga,
vestirás simplemente y andarás con fatiga"*

José Pedroni

Nueva alegrías

Mientras seguíamos asistiendo a clases para terminar el agitado año, a la escuela lentamente se le iba derrumbando el ánimo, el entusiasmo, o mejor dicho nunca más regresó aquella de la risa franca, las preguntas de los alumnos, las conversaciones sobre cultura y vida, el nuevo director se paseaba observando todo con recelo, como buscando faltas o errores de alumnos y profesores, todos fuimos perdiendo la espontaneidad, quería una escuela muy silenciosa, y así fue, también se nos silenció el alma.

Un día en clases de cerámica me dieron enormes deseos de comer una bolsita de platanitos dulces y un jugo de naranja, al día siguiente a la misma hora de nuevo otra vez y luego otra. Yo mirándome extrañada, nunca me había sucedido eso, tanta ansia a la misma hora de ingerir lo mismo, pronto entendí, estaba embarazada.

Fue alegría inmensa, algo que logró olvidar las tristezas de la escuela perdida, una nueva ilusión, crecíamos como familia, Aliana y Sonia estaban felicísimas, nosotros también. El nuevo ser que crecía en mis entrañas traía augurios de tiempos diferentes, nuevos.

Justo José Antonio me comentó que le estaban ofreciendo un cambio en el Ministerio, sólo que teníamos que ir a vivir a Caracas. El cambio tenía beneficios salariales y además

la nueva ocupación tenía a José Antonio ilusionado. No lo dudé, aquella escuela no volvería a ser la misma, son esos milagros que ocurren en determinadas circunstancias, yo tuve la suerte de estar justo ahí viviéndolo, pero se acabó, lo terminaron unas pobres ambiciones personales.

Por lo demás me daba alegría estar de nuevo cerca de mis padres y mis hermanos que también habían regresado de su viaje a Estados Unidos donde Sergio estuvo trabajando en un hospital en Baltimore, ellos en ese momento tenían cinco niños y venía otro en camino, nosotros íbamos a tener tres, así que los primos tendrían oportunidad de encontrarse con más frecuencia. Sé acercaban bonitos momentos familiares.

*"¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
-la tarde cayendo está-"
Antonio Machado*

Hacia adelante

Estábamos preparando nuestro regreso para vacaciones escolares de las niñas, comenzarían el nuevo curso académico ya en Caracas y teníamos que ir buscando vivienda para esa fecha. Mis padres estaban muy ilusionados, ellos eran los encargados de buscar nuestra nueva vivienda y encontraron una justo en la misma calle que ellos residían y mientras estuvimos allí fueron tiempos de muchos encuentros.

Tuvimos momentos de despedidas tristes con las amistades de las cuales habíamos disfrutado en nuestra estadía en Barcelona. Juan nos compró el motor y fue dueño único de su lancha, la isla de Barreto la visitamos de despedida, donde ya nos estábamos acostumbrando a ir a llorar nuestras desdichas, algunos profesores habían renunciado. Los alumnos de último año de la escuela de arte terminaron y también viajaron a Caracas abriéndose nuevos horizontes, quedamos en encontrarnos en la gran ciudad y así fue. Pero en las ciudades los amigos se minimizan por falta de tiempo y se pierden con facilidad, las distancias hacen que se viva de manera diferente a como se logra en las provincias, más reducidas de espacio, donde la amistad se ejerce a diario y los encuentros son más frecuentes.

Como la vida no se detiene en poco tiempo estábamos de nuevo, ilusionados con lo que el destino nos ponía delante, habían pasado tres años y medio que lo considerábamos como una aventura, que como todo en la vida vivimos alegrías, sufrimientos, diversiones y momentos peores, pero ilusionados preparábamos nuestra mudanza para este viaje

donde le decíamos adiós a amigos, vivienda, playas, paseos donde habíamos tenido momentos preciosos que aunque volviéramos, no sería iguales. Ahora regresábamos los mismos que habíamos ido, pero tenía en mi interior la promesa de un ser vivo que cambiaría la manera de vivir de los cuatro que formamos esta familia.

La estrecha y sinuosa carretera lucía como una cinta plateada al recibir los fulminantes rayos de sol. A bordo de un pequeño volkswagen verde turquesa, nos trasladábamos toda la familia en ese segundo viaje. En julio del año 1969 íbamos a comenzar la siguiente aventura en la Gran Ciudad, Caracas, con sus autopistas, plazas, cines, teatros y diversiones e ignorábamos cuánto tiempo iba a durar. Teníamos los brazos abiertos para recibir aquello que nos entregara la vida.

Ciudad de México

Enero 2021